á ejercer su influencia en los dominios del Arte. Y en fin, á la vez que en esta época se va caminando con la adopcion del latin por los visigodos y su corrupcion, á la formacion del idioma nacional, de las ruinas del arte clásico empieza á surgir la literatura pátria, que ya se vislumbra en las fiestas en que hemos visto mostrarse la literatura popular latina de la época de los visigodos, y señaladamente en los himnos de la Iglesia, á cuyo calor nacen luego, como veremos, las primeras manifestaciones de la literatura española propiamente dicha.

EPOCA TERCERA.

DOMINACION MUSULMANA.

(SIGLOS VIII-XII.)

LECCION VII.

Estado social de la Península ibérica despues de la derrota de Guadalete.—Califato de Córdoba.—Carácter de la civilizacion mahometana.—Escritores hispano-cristianos del siglo VIII: Juan Hispalense, Cixila, Isidoro Pacense y otros.—Política del Califato y sus consecuencias.—Persecucion musulmana contra la Iglesia.—Escritores del siglo IX: Esperaindeo, San Eulogio y San Alvaro, Samson, Leovigildo y Cipriano.—Carácter de estos escritores y decadencia de las letras hispano-cristianas.

En Guadalete (711) se hundió para siempre la monarquía visigoda, que habia imperado en la Península ibérica desde el siglo V de nuestra era. Con este hecho desgraciado, en que representó papel tan principal la traicion de un conde y de un obispo, se trastorna por completo la manera de ser del pueblo español, cuya constitucion social y política sufre una nueva trasformacion con la invasion de los hijos de Mahoma. Religion, instituciones políticas, costumbres, ciencia, arte, todo en fin, lo que constituye la vida de un pueblo, sufre más ó ménos la influencia de aquel acontecimiento, del cual parece como que surge al cabo la nacionalidad española.

Tres años bastaron para que los vencedores en Guadalete acabaran con la dominacion visigoda, venciéndola en las llanuras de Lorca y sujetándola á su dominio en Orihuela, último baluarte de aquella monarquía. Derramadas por las provincias de España las primeras huestes invasoras que acaudillaba Tarig-ben-Zeyad, cayó sobre ellas nueva nube de desgracias y desventuras que recordaban las primeras invasiones de los Bárbaros. Por donde quiera que los soldados del Profeta paseaban sus estandartes, sembraban la ruina, la desolacion y la muerte. Así como bajo la planta de los soldados de Atila se hundió para siempre el mundo pagano, con la invasion agarena tembló y vino á tierra para no volverse á levantar el edificio de la civilizacion visigoda, con lo que el estado social de la Península experimenta de nuevo grande y profunda perturbacion.

Al estrépito producido por las instituciones que se derrumban; al espanto, congoja y cruel devastacion que causan las correrías de los árabes, que nada respetaron, hay que añadir la lucha religiosa que se inauguraba y en la que empezaba por verse echada de los dominios, que con tanto trabajo habia conquistado, la religion cristiana, tan querida á la sazon de los españoles. Y para mayor desventura, viéronse éstos acometidos por los judios, los eternos enemigos de aquella religion, que habian sido sacados de sus encierros y armados por los invasores, quienes despues de sus primeras correrías fueron tomando asiento en diversos puntos de la Península, celebrando convenios con los naturales, estableciendo un gobierno, y organizándose, en fin, como quien habia invadido la Península para algo más que para llevarse sus riquezas. Esto ocasionó á los españoles profunda amargura, pues harto comprendieron que la estancia de los árabes en la Península habia de durar más de lo que en un principio creyeran; lo que vino á corroborar el que á medida que el tiempo pasaba, la invasion perdia su carácter religioso y adquiria el de dominacion material y política. Y mientras todo esto sucedia, surge una como division en los españoles: unos quedan sometidos á los invasores y otros se conservan independientes. Los primeros, á los que se ha dado

el nombre de *mozárabes*, son como los depositarios de la tradicion visigoda, para trasmitirla, aunque influida por la civilizacion árabe, á sus hermanos las cristianos independientes, que son los que llevan en sí el gérmen de nuestra nacionalidad, la cual fundan mediante el hecho glorioso de la Reconquista, que á la vez entraña una profunda revolucion social en el pueblo cristiano.

Tal era el estado social de nuestra Península en los primeros años del siglo VIII, ó sea, en los que siguieron á la derrota en que se hundió para no volver á levantarse la monarquía visigoda, estado muy semejante al que se originó de las primeras conquistas de los visigodos á la caida del imperio de Occidente.

No desconocieron los invasores cual era su situacion en la Península y cuál la suerte que les esperaba si no hacian un esfuerzo para sobreponerse á las circunstancias que parecian conjurarse contra el poder naciente. La resistencia de los naturales del país, áun de los mismos mozárabes, y los esfuerzos y amenazas de los primeros campeones de la Reconquista, por una parte, y por otra, los ódios y rencores que existian entre las diversas razas y tribus que habian venido á España bajo las banderas del Profeta, eran causas suficientes para abreviar los dias de la dominacion musulmana en la tierra que acababa de conquistar. De aquí el que se pensase en establecer un imperio independiente del Califato de Damasco, á cuya cabeza se puso (755) al ilustrado Abd-er-Rahman, único vástago que restaba de los Beni-Omeyas, dando así nacimiento al celebrado Califato de Córdoba, y con él á la dominacion de los Emires ó Califas españoles.

Nacia el nuevo Califato bajo los mejores auspicios, debiéndose esto muy principalmente al primer Califa, hombre de excelentes condiciones, tan bravo en la guerra como amante de las artes, las ciencias y las letras, y que á la vez que ponia cóto á la anarquía que amenazaba dar en tierra con el naciente imperio, sembraba los gérmenes de aquella cultura que tan pujante se mostró en la celebrada *Medina Andalus (Corthobáh)* que fué émula del Cairo y de Bagdad, y foco y emporio de ilustracion.

En el Califato de Córdoba hallamos como compendiados todos los rasgos característicos de la civilizacion mahometana, que debemos estudiar aquí para determinar la influencia que ejerció en nuestro pueblo y especialmente en la literatura española.

La intolerancia religiosa y política fué lo que principalmante impulsó á Mahoma en su conquista. El pueblo que acaudillaba, jóven y ardoroso, era más dado á las empresas guerreras que á la cultura del espíritu, á la que se sintió inclinado sólo despues de apoderarse de la Grecia. Deslumbrado al contemplar la civilizacion de los vencidos, quiso emularlos; y como quiera que careciese de artes, de ciencias y de literatura, pidió al Asia sus leyendas misteriosas, á la Grecia su ciencia y su filosofía y á todos los pueblos que habia subyugado sus artes. Fomentaron y dirigieron esta inclinacion los príncipes Abbassidas, entregándose unos al estudio de la astronomía, la filosofía y la medicina, estudiando otros los tesoros de la antigüedad, con preferencia la cultura helénica, trayendo estos á su literatura los apólogos y ficciones de la India y la Persia, y contribuyendo todos á formar el cuadro brillante de una civilizacion que por bastante tiempo deslumbró al mundo con sus resplandores, pero que al cabo era allegadiza y derivada, como que se fundaba en la imitacion. No por esto deja de ser importante ni puede negársele que ejerciera influencia, no sólo en cuanto que contribuyó á despertar el gusto por la antigüedad clásica, sino porque sirvió como de vehículo para trasmitir los tesoros de aquellas civilizaciones al arte de otros pueblos, señaladamente del nuestro, en cuya literatura tanta influencia tuvo desde los comienzos la forma oriental ó simbólica, que en parte fué importada por las relaciones que el Rey Sábio tuvo con los árabes.

No obstante el triunfo de las armas mahometanas, y los peligros que corrian los cristianos, se cultivaron las letras por los españoles á la vez que se echaban los cimientos del Califato de Córdoba. Entre los escritores hispano-cristianos que florecieron en el siglo VIII, colócase el primero á un prelado de Sevilla á quien se supone contemporáneo del primer

Califa y se llamó Juan Hispalense. Atribúyesele una version ó exposicion arábiga de las *Sagradas Escrituras*, de lo cual han colegido algunos que la lengua latina ni se usaba ni se entendia ya en aquella época, lo que, si no es admisible, prueba al ménos la influencia que la lengua de los árabes ejercia sobre los ingenios españoles. Oscuras y contradictorias son las noticias que existen del Hispalense, á quien se supone docto en la lengua y las letras latinas, así como al prelado de Toledo Cixila que ocupó aquella silla por los años de 744, y siguió las huellas de San Isidoro y San Julian, completando la obra de éste con la *Vida de San Ildefonso*, que se debe á su pluma y en la que puso no pocas rimas. De más importancia que los dos varones citados es el Obispo de Paz Augusta, Isidoro Pacense, que nació en los últimos dias de la dominacion visigoda. Su obra más importante es un *Epítome* en el que, comenzando por el reinado de Heraclio, hace la narracion de los principales sucesos que provinieron de la invasion sarracena, y trata de continuar la obra acometida ántes por el gran Isidoro. Elipando, que tambien ocupó la silla de Toledo (782) y siguió la doctrina de Nestorio, y Etherio y Beato que combaten vigorosamente esta heregía y á su mantenedor, fueron asimismo cultivadores en dicha época de las letras hispano-cristianas, y se inspiraron todavía, como que debieron su educacion literaria á la monarquía visigoda, en la Escuela de Sevilla, fundada por Leandro é Isidoro.

En el siglo IX tuvo lugar un hecho que influyó sobremanera en la suerte de los mozárabes y de las letras cristianas. Habia sido política del Califato la de atraerse á los mozárabes, protegiéndolos y fomentando la union entre ellos y los muslimes. El esplendor de la córte de Córdoba, en que cada dia se cultivaban con más brillo y éxito las artes, las letras y las ciencias; las escuelas y academias establecidas en la misma, y la prohibicion de que en los Estados del Califa se hablase y escribiese la lengua latina, teniendo qne acudir á las escuelas musulmanas los hijos de los cristianos, todo contribuia al resultado á que la sagaz política de Abd-er-Rahman iba encaminada, que no era otro que el de

adormecer el patriotismo de los mozárabes é introducir entre todos los cristianos la perturbacion y el desaliento. Semejante política, ciertamente meditada y de éxito seguro, contribuía, además de lo indicado, á quebrantar la tradicion de los estudios hispano-latinos y á dar alientos y mayor influencia á la lengua y literatura arábigas.

Mas á mediados del referido siglo IX cambió mucho este estado de cosas. Merced á las predicaciones y esfuerzos de la Iglesia, que no podia desconocer el mal que en su seno se estaba labrando, el Califato tuvo que cambiar de rumbo, y en vez de aquella política de atraccion y de tolerancia, empleó la fuerza y la intransigencia, acudiendo á la persecucion contra la Iglesia. Las predicaciones de ésta reanimaron el espíritu religioso y el sentimiento patriótico de los mozárabes, inaugurándose con ello una lucha terrible en la que se derramó mucha sangre, y en medio de la cual renació el culto por la tradicion en que ántes se inspirara el arte cristiano. La doctrina de Isidoro volvió á estar en boga, y en la misma Córdoba imperaron las escuelas que más de dos siglos ántes vimos establecidas. La sangre de los mártires de la persecucion á que acabamos de referirnos, parecia contribuir á este resultado.

En esta reaccion del espíritn cristiano y del sentimiento religioso, que llevaba consigo el renacimiento del arte hispano-latino, tuvo una gran parte la elocuencia de los escritores eclesiásticos, siendo el primero en dar el ejemplo el Abad Esperaindeo, que para condenar el extravío de los que abandonaban la ley de Cristo por seguir la de Mahoma, para desvanecer errores y para fortalecer á los débiles, escribió su *Apologético contra Mahoma*, en el que recaba para la elocuencia sagrada toda su antigua energía, y se muestra, por su arrebatado entusiasmo, émulo de San Ildefonso. A Esperaindeo se debe principalmente la exaltacion del sentimiento religioso entre los cristianos, y la persecucion á que ántes nos hemos referido, que hizo brotar por todas partes nuevos mártires.

Comprendió el Califato que era necesario variar de conducta, y con este intento convocó en Córdoba una especie

de Concilio presidido por Recafredo, metropolitano de la Bética, y cuyo objeto no era otro que el de desautorizar la virtud de los mártires. No dejó de responder el Concilio á los deseos del Califa, con lo que vino á ponerse en grave conflicto á la Iglesia la que no por esto faltaron defensores, entre los que deben mencionarse San Eulogio y San Alvaro, que desde muy jóvenes se profesaban estrecha amistad y que unidos por el vínculo de la doctrina, contribuyeron á reanimar y fortificar el espíritu religioso y el sentimiento patriótico entre los cristianos españoles, á la vez que promovieron una especie de restauracion de las letras latinas, ejerciendo por todo ello una grande y saludable influencia entre los mozárabes.

Escribió Eulogio las siguientes obras: el *Memorial de los Santos*, escrito en medio de la persecucion, en la cárcel y en el destierro; la *Enseñanza de Mártires*, escrita tambien en la cárcel de Córdoba; una *Epístola á Wiliesindo* y el *Apologético de los Santos*, que fué la última produccion que salió de su pluma. En todas ellas resplandece su elocuencia, su espíritu religioso y patriótico, y no deja de haber bellezas de estilo: era erudito en las letras clásicas, y sobradamente declaran sus obras que vivia en la imitacion de los buenos modelos. Solia adornar la prosa con el ornato de la rima, y escribió algunas composiciones poéticas sueltas.

La obra más importante de Alvaro es el *Indículo luminoso*, que es una acerba impugnacion del Koran y una elocuente defensa del Cristianismo y sus adeptos, y constituye uno de los mejores monumentos de las letras españolas en el siglo IX, por más que su autor se empeñe en exagerar la rudeza y el desaliño de su pluma. Como Eulogio, era Alvaro erudito en las letras clásicas, como lo prueban sus *Epístolas*, en las que cita con frecuencia á los historiadores y poetas del siglo de oro, singularmente á Virgilio. Además de la obra que lleva por título *Libro de las Centellas*, y en la que acopia é ilustra la doctrina moral de la Iglesia, salieron de la pluma de Alvaro algunas composiciones poéticas, siguiendo las reglas dadas por Eulogio, de quien dice que resta-

bleció las leyes de la metrificacion, por lo que, sin duda, hubo de seguirle y, mejor puede decirse copiarle. Una de las mejores composiciones poéticas de Alvaro es el himno *In diem Sancti Eulogii*, escrito con ócasion de la muerte de su amigo y compañero Eulogio.

Continúan la obra que hemos visto emprender á los tres ilustres varones de que acabamos de tratar, algunos otros de no escaso mérito. El Abad Samson que escribe (864) un *Apologético* contra el heresiarca Hostegesis y sus secuaces; el presbítero Leovigildo que en su *De Habitu Clericorum* explica con textos sacados de la Biblia la significacion mística del traje sacerdotal, y el archipreste Cipriano, que como Samson, escribe versos para honrar la memoria de sus hermanos, son dignos de notarse, máxime cuando los tres se manifiestan como conocedores y cultivadores de las letras latinas, si bien todos ellos ponen de manifiesto la decadencia en que á la sazon se hallaban, decadencia que se manifiesta áun en el mismo renacimiento iniciado por Esperaindeo.

A partir de éste, los escritores hispano-cristianos revelan, en efecto, una constante inclinacion hácia la antigüedad clásica, al mismo tiempo que dejan ver una inevitable decadencia literaria, en la que cabe una gran parte á la gramática, cuyas leyes son infringidas con deplorable frecuencia. En Esperaindeo, Eulogio y Alvaro, aparece subordinado todo á la elocuencia, inspirada por la grande idea que le impulsaba á escribir. Tanto estos escritores como los tres que despues de ellos hemos mencionado, se presentan como eruditos, pero van desapareciendo en los escritos de los últimos la espontaneidad, el calor y la vida que resplandecian en las obras de los primeros. Las obras de todos estos ingenios se hallan plagadas de defectos de estilo y lenguaje que las afean no poco, rebajándoles el mérito que por otros conceptos puedan tener, é imprimiéndoles un carácter especial que acusa esa decadencia á que ántes nos referíamos, precursora de la desaparicion de los mozárabes andaluces, que en el siglo XII desaparecen por completo, como pueblo de la Península ibérica.

BIBLIOTECA PROFR. H. Ramos Izquierdo

LECCION VIII.

Comienzos de la Reconquista: primeros estados cristianos.—Su cultura literaria.—Historiadores de aquella época: Sebastian de Salamanca.—La *Chrónica Albeldense*.—Sampiro, Pelayo de Oviedo y el Monje de Silos.—Crónicas latinas del siglo XVII.—Historiadores religiosos.—Poesía heróico-religiosa y heróico-histórica: sus principales monumentos como manifestacion de la Poesía vulgar.—Separacion entre esta y la latino-erudita.—Movimientos y direcciones literarias de esta época.—Aparicion del elemento oriental: Pedro Alfonso y su *Disciplina Clericalis*.—Pedro Compostelano y su tratado *De Consolatione Rationis*.—Resúmen general de la manifestacion hispano-latina: transicion al estudio de la literatura nacional propiamente dicha.

En la leccion precedente nos hemos referido, al tratar de la manifestacion hispano-cristiana, á los españoles que por vivir confundidos con los sarracenos, llevaron el título de mozárabes. Realizada la extincion de éstos por efecto del edicto de Alí-ben-Yuzeph, que los condujo al Africa (1147), debemos fijarnos ahora en los españoles independientes que, mediante la heróica y gloriosa lucha llamada de la Reconquista, echan los cimientos de la nacionalidad española.

Dáse comienzo á la Reconquista con la memorable batalla de Santa María de Covadonga, ganada por Pelayo (719) al amir Alaor; y con las conquistas de Alfonso el Católico y su hijo Fruela (757) se funda la monarquía asturiana que en el siglo X desaparece, y da lugar á la monarquía leonesa, que juntamente con la de Navarra y Aragon y el condado de Barcelona, independiente ya de los francos, son los estados cristianos que hubo en España durante el expresado siglo. Levantadas estas monarquías á impulso del valor heróico de los cristianos independientes, todas contribuyen á un mismo fin, á la expulsion del suelo español de la raza musulmana, vencida al cabo por los Reyes Católicos.